

ala delta

Albert JANÉ

**FÁBULAS
DE ANIMALES**



Fábulas de animales, escritas en un lenguaje rico pero sencillo, van presentándonos a los personajes más representativos de la fabulística tradicional. Su carácter moralizador es el rasgo inevitable que las convierte en obra de arte.

Albert Jané Riera es escritor, gramático, traductor y ensayista. Desde hace muchos años dirige una revista infantil, donde ha publicado un interesantísimo muestrario de la literatura popular de todo el mundo, de la que él es uno de nuestros mejores especialistas.

Índice de contenido

Cubierta

Fábulas de animales

Presentación

El cazador y la perdiz

Los patos y el sapo

El león, la vaca, la cabra y la oveja

El lobo y la cigüeña

El murciélago y las comadreas

El león y el caballo

La rana y el buey

El zorro sin cola

La golondrina y los gorriones

El gallo y la perla

El papagayo y el simio

El lobo y el mastín

El cuervo y el zorro

La hiena y la liebre

El león y el ratón

El ciervo que se miraba en la fuente

El grajo y las palomas

El mono y el delfín

La rata y la comadreja

La mosca y la hormiga

El gavián y el gallo

Los animales que van a la guerra

El zorro, el lobo y el caballo

El asno y el perrito

El cordero y el lobo

El león que se había hecho viejo

El conejo y la ardilla

El zorro y la cigüeña

La liebre y la tortuga

El mono y el zorro

El león y el mosquito

La asamblea de las ratas

Las ranas que querían tener rey

Apéndice

Presentación

Este libro que ofrecemos al interés del público lector juvenil no es sino una recopilación de fábulas. La fábula es un género literario antiquísimo, caracterizado por el hecho de que los protagonistas son animales a los que se atribuye el uso de la palabra, como si fueran personas. Los animales, con sus características peculiares –la potencia del león, la astucia del zorro, la fidelidad canina, la rapidez de la liebre, la lentitud de la tortuga, etc.–, han sido utilizados en la literatura de todos los tiempos y en todos los países como reflejo de los vicios y las virtudes de los hombres, y como crítica de las pasiones humanas y las costumbres sociales. Las fábulas, pues, incluyen una pequeña lección moral de fácil comprensión, muy simple y muy directa, algunas veces a través de un relato muy esquemático y otras bajo la forma de una pequeña obra literaria de gran calidad.

Las fábulas de este libro provienen de las obras de los grandes fabulistas, como el griego Esopo, el romano Fedro, el francés Lafontaine y nuestro Ramón Llull, así como de algunos repertorios anónimos de países exóticos. Han sido seleccionadas teniendo especialmente en cuenta su interés narrativo: cada una de las piezas aquí incluidas tiene la estructura de un relato bien definido, con la exposición de una situación o un problema, el nudo y el desenlace. Además, hemos seleccionado únicamente fábulas protagonizadas por animales –esto es, animales irracionales–. Naturalmente, todos estos relatos han sido reescritos con

total libertad, con todos los añadidos que hemos creído que aumentaban el interés de la narración, y hemos procurado hacerlo –dentro de nuestras posibilidades– con la máxima dignidad literaria, en un lenguaje sencillo y fluido, pero genuinamente castizo, y con un estilo ameno y sugerente –aunque esto debe ser juzgado por el lector–.

Un breve apéndice completa esta compilación de fábulas. Sobre el valor que tienen los diferentes nombres de animales, tan diversos y complejos, existen frecuentemente ideas erróneas. El lector interesado en esta cuestión hallará información clara y exacta sobre el valor que debe atribuirse a cada uno de los nombres de animales que aparecen en las fábulas compiladas.

Albert Jané.

El cazador y la perdiz

UN cazador atrapó una perdiz con las redes que había tendido en una trampa. La perdiz rompió a llorar desesperadamente, como una Magdalena de las perdices, pidiendo al cazador que la soltase.

–Si me devuelves la libertad –dijo la perdiz, tomándose prestado el lenguaje de los ideólogos–, te prometo que traeré a tus redes a todas mis compañeras.

–Por Júpiter y todas las divinidades sagradas del Olimpo –dijo el cazador, aprovechando la oportunidad para soltar una invocación rimbombante–, que estaba dispuesto a soltarte. Pero después de una proposición tan abyecta, perdiz traidora, me veo obligado a retenerte prisionera. Y, en definitiva, a enviarte a la cazuela.

Resulta dudoso, sin embargo, que el cazador estuviera realmente dispuesto a soltar a la perdiz, y, por otra parte, ¿qué crédito podía dar a tal promesa? Como dice el refrán:

*La perdiz
sabe un ardid.*

Sin embargo, gracias a la vil propuesta del fasiánido, el cazador pudo acallar su conciencia al regresar a su casa con una perdiz en el zurrón.

Los patos y el sapo

EN un estanque al que daban sombra un chopo y dos sauces llorones vivían una pareja de patos y un sapo. Había entre ellos una relación de buena vecindad, porque todos eran buena gente, y se trataban como amigos.

Ocurrió que, a consecuencia de una sequía persistente –nunca llueve a gusto de todos–, las aguas comenzaron a menguar, y llegó un momento en que el estanque no era ya sino un charco con más lodo que agua. Los dos patos decidieron alzar el vuelo y trasladarse a otro estanque del que tenían noticia, donde había más agua y donde creían, con razón, que vivirían mejor. Antes de irse, sin embargo, quisieron despedirse de su amigo el sapo, siguiendo las normas de la cortesía y la buena educación.

–El agua escasea y pronto no quedará ni una gota –le dijeron–; por eso hemos pensado en mudarnos a un estanque más grande, donde nos han dicho que el agua es mucho más abundante.

–¡Qué suerte tenéis –dijo el sapo, tristemente– al poder ir donde os plazca! Yo también padezco la escasez de agua de nuestro estanque, pero no sé cómo podría irme a otro lugar. ¡Pobre de mí, qué negra suerte me espera! Porque, a ver, vosotros que sois gente de experiencia, ¿qué me aconsejáis? ¿No se os ocurre alguna forma de que pueda irme con vosotros?

Después de pensarlo un poco, uno de los patos dijo:

–Tal vez hallaríamos la forma de que vinieras con nosotros, pero en ese caso deberías comprometerte formal-

mente a que, si durante el trayecto hallamos a alguien que te dirija la palabra, tú no contestarás.

–Naturalmente que me comprometo –respondió el sapo, sin pensárselo dos veces–. ¿Pero cómo haréis para llevarme con vosotros?

–Es muy sencillo: te agarras bien fuerte a esta ramita con la boca, y nosotros dos la llevamos volando, tomándola cada uno por un extremo.



Y así lo hicieron. Y he aquí los dos patos volando con el sapo al aire, con la boca bien cerrada en torno a la ramita.

Sobrevolaron un campo de cultivo donde un par de campesinos trabajaba cavando y arrancando malas hierbas.

—¡Mira, mira! —dijo uno de ellos—. Dos patos transportan un sapo.

—¡Nunca había visto nada parecido! —añadió el otro.

El sapo, orgulloso de la admiración que despertaba, no pudo contenerse y contestó:

—¡Palurdos! ¡Qué poco mundo habéis visto!

Y, al decir esto, como tuvo que abrir la boca, cayó al suelo, se estrelló y se fue directo al otro barrio.

El león, la vaca, la cabra y la oveja

CUENTAN que una vez, hace mucho tiempo, se reunieron un león, una vaca, una cabra y una oveja –que era la más pacífica de la pandilla–. No es posible imaginar, ciertamente, reunión más extraña y singular, pero así es como lo refieren las crónicas antiguas y así es como lo explicamos nosotros. Por lo visto era una época de escasez de alimentos, y, por tanto, de mucha hambre, y el objetivo de una asociación tan poco corriente no era sino el de cazar juntos en el bosque y la montaña y repartir después, con toda camaradería –como es norma tradicional en todas las peñas de cazadores– las piezas obtenidas en la caza.

Los cuatro cazadores se dirigieron hacia el claro del Cojo, donde había un abrevadero bien conocido por los animales del bosque, y se dispersaron por diferentes lugares. El león se situó en lo alto de las rocas de la Carcoma, la vaca se quedó tras la fuente del Cómo, la cabra se escondió en el roble Grande y la oveja fue al camino de los Haces. Y he aquí que, después de muchas horas de paciente espera, entre los cuatro pudieron matar una cierva joven y tierna, que tenía unas curvas que enamoraban.

El león la descuartizó e hizo de ella cuatro partes iguales, lo que demostraba una buena fe evidente. Pero en cuanto hubo terminado, les dijo a sus compañeros de caza:

–La primera de estas cuatro partes me la quedaré yo, porque soy el león; la segunda también me la cederéis a

mí, porque soy el más fuerte de todos; la tercera será igualmente mía, porque tengo más hambre que un regimiento. Y si alguien se atreve a tocar la cuarta parte, más le vale llamar al notario y hacer testamento, porque le mataré sin contemplaciones.

La cosa está más clara que el agua y la lección es, por lo tanto, muy transparente: cuando se es honrado como una vaca, bonachón como una cabra y pacífico como un cordero, es mejor no pactar con leones.

El lobo y la cigüeña

SUELE decirse que algunos comen para vivir y otros viven para comer. Los lobos deben de ser de esta segunda clase, porque tienen un hambre de lobos y por más corderos y cabritos que se coman, siempre están listos para menear el bigote.

Uno de estos lobos glotones por naturaleza comía tan vorazmente como si temiera morir con el estómago hueco. De pronto, un huesecillo se le atravesó en la garganta, y como no conseguía escupirlo ni tragarlo, estaba a punto de asfixiarse. Tuvo suerte de que pasara por allí una cigüeña, que era lista y avispada, y enseguida comprendió el percance en que se hallaba el lobo. La cigüeña introdujo tranquilamente el pico en la garganta del can –como sucedió os lo cuento– y extrajo el maldito huesecillo con una habilidad digna del cirujano más eminente. ¡Qué aliviado se sintió el lobo viéndose libre del hueso que lo asfixiaba!